

María Eugenia Martínez Giraldo

Trabajadora Social. Profesora jubilada Universidad Nacional de Colombia
Integrante Grupo Mujer y Sociedad.

Reinventar rituales de paso en torno al nacimiento, el amor y la muerte

Quiero realizar algunas consideraciones sobre los rituales en general y narrar unos ejemplos que permiten vislumbrar cambios en los ritos de paso, tales como el nacimiento, la conformación de un nuevo hogar y la despedida de los seres queridos que mueren.

Seguramente, muchas de nosotras, que vivimos intensamente los convulsionados años 70 nos rebelamos ante los ritos y pensemos como la bailarina Isadora Duncan: “Yo me oponía al matrimonio con toda la fuerza inteligente de mi ser. Creía y sigo creyendo, que era una absurda institución de esclavitud que conducía sin remedio al proceso de divorcio y a una vulgar situación legal... No soy partidaria del código moderno del matrimonio, y creo que la idea moderna de los funerales es tan fea y tan espantosa que llega a un grado de barbarismo. Como yo había tenido el valor de rechazar el matrimonio y de negarme a que fueran bautizados mis hijos, me negué también a que una vez muertos, se les hiciera objeto de esa mascarada que se llama entierro cristiano... Llegará un día en que la inteligencia del mundo se subleve contra estos ritos horribles de la Iglesia, para crear alguna ceremonia final de belleza, en homenaje a los muertos... ¿Cuánto tendremos que esperar para que la inteligencia prevalezca entre nosotros, en la Vida, en el Amor y en la Muerte?”. (*Mi Vida*, 2006:294-295).

La crítica y la repulsa a los ritos no son gratuitas. Recordemos que antes de 1991, con la vigencia del Concordato y la ausencia de libertad de cultos, en Colombia, la Iglesia Católica era la única encargada de prestar los servicios para los bautizos, los matrimonios y los funerales.

Los rituales católicos, a los que asistimos sin chistar, implican admitir la culpa del pecado original y por ende a vivir en temor e inhibición; entregar el espíritu al capricho del todo poderoso, enajenándose a sí misma, y perder toda autonomía; aceptar el mandato de que casarse trae consigo la negación de la individualidad, y admitir que no existe una propia interpretación de los acontecimientos que nos suceden a lo largo del ciclo vital. Estos rituales nos enseñan a amar de una determinada manera, a cumplir estrictamente con la monogamia y roles familiares preestablecidos a costa de la condena eterna y el repudio social, a creer ciegamente en una serie de misterios confusos en torno al más allá, difícilmente comprensibles para la inteligencia humana e incuestionables, por venir de la palabra divina. ¿Y qué decir de la disposición física de los feligreses mirando únicamente hacia el altar para escuchar con obediencia la palabra del sacerdote?

Adicionalmente, algunas ceremonias eclesiásticas van acompañadas de iconografías y símbolos elaborados durante siglos en el seno del arte religioso: las

esculturas, las pinturas, los vitrales en los templos y la música que invita a seducirnos y sublimarnos ante la palabra revelada.

Hay un elemento relevante en relación a los rituales que marcan las etapas del ciclo vital: estos se enmarcan en relaciones de dominación. Fernando Urbina en nuestra revista No. 6 precisa: “En la ritualística se entrevén justificaciones por las cuales la mujer ha de estar un tanto al margen. Tiene que ver esta marginalidad con el peligro que representa la mujer, por cuanto ella es tenida como la esencia misma de la vida, lo que la hace vecina de las poderosas fuerzas del origen...- el exceso de la fuerza cósmica de la mujer da lugar a justificar la acción violenta del macho que detenta de hecho el poder, justificándolo y apuntándolo en el propio ritual...”. Y agrega un elemento más: “En mis frecuentes y largas temporadas de investigación... he podido constatar que el tiempo de trabajo efectivo de la mujer es mayor que el del hombre, quien se justifica habitualmente alegando su dedicación al ritual... Esta exclusión equivale, en principio, a no poder detentar con entera propiedad la Palabra, es decir, ser receptora y transmisora de los mitos; y si el Saber-Poder por excelencia reside en éstos y en la práctica ritual, se estará de hecho en la periferia del Poder; esto equivale a ser menos... Por cierto, algo similar ocurre en el catolicismo con la imposibilidad de acceso de la mujer al sacerdocio”.

Por otro lado, es posible que consideremos que son temas propios de las culturas exóticas y primitivas y poco tienen que ver con las sociedades urbanas y modernas, orientadas por los conocimientos científicos y los avances tecnológicos. Pero no existe sociedad primitiva, antigua o moderna que se escape a los rituales; estos son universales. Igualmente, son costumbres ancestrales que obedecen a prácticas sociales arraigadas y no siempre están ligados a las religiones, tienen implicaciones con sucesos familiares, políticos, culturales y económicos, y muchos son de origen pagano.

En las sociedades modernas existe la posibilidad de los registros civiles de los nacimientos, las uniones y las defunciones que reafirman el momento a través de un medio formalizado por el Estado. Tras estos registros subyace la concepción de que la población hay que censarla ya sea para controlarla o para organizar servicios básicos colectivos.

Es así como los ritos son polisémicos y dinámicos. Además, en cada rito se puede apreciar la ambivalencia entre el cambio y la tradición y éstos no operan espontáneamente, son organizados intencionalmente por seres humanos e instituciones. Por tanto se convierten en una oportunidad para meditar, imaginar, reordenar, compartir y conmemorar.

Antes de negarlos, vale la pena hacer algunas consideraciones acerca de los rituales, ya que son más complejos y profundos de lo que creemos. Los ritos persisten en las sociedades a lo largo de la historia porque los seres humanos tenemos la necesidad de la simbolización. Esta se refiere a la asignación de valores y a la reafirmación o reinención de ideales y utopías que deseamos expresar y comunicar en sociedad. Además conllevan un conjunto de emociones y recuerdos que igualmente deseamos compartir con los seres más allegados en momentos cruciales de la vida. Igualmente, los rituales continúan y lejos de desaparecer están pasando por procesos de fusión cultural y modernización.

Una breve conceptualización mostrará la importancia de los ritos en la vida social. Según Martine Segalen: “El ritual es creador de sentido: ordena el desorden, da sentido a lo accidental y a lo incomprensible; da a los actores medios para dominar el mal, el tiempo, las relaciones sociales... Los rituales deben considerarse como conductas individuales o colectivas relativamente codificadas, con un soporte corporal (verbal, gestual, de postura), de carácter repetitivo con fuerte carga simbólica para los actores y testigos. Estas conductas se basan en una adhesión mental, de las que el autor no siempre tiene conciencia... A través

de su dimensión simbólica, el rito es un lenguaje eficaz en la medida que actúa sobre la realidad social... y conlleva una especie de trascendencia.” (*Ritos y Rituales Contemporáneos*, 2005:31). Vale la pena reiterar sobre la etimología del rito, por un lado, significa “orden establecido u ordenanza”; por otra parte evoca “vínculo o unión”, lo que “lleva el análisis hacia el orden del cosmos, el orden de las relaciones entre los dioses y los hombres, el orden de los hombres entre sí”. Y el “precepto de las relaciones entre hombres y mujeres”.

Los ritos de paso se realizan tanto en el plano individual como en el social, hasta el punto que se han establecido fechas exclusivas en calendarios de diferentes culturas. Nos reunimos para celebrar cuando viene al mundo un nuevo ser y lo queremos presentar a nuestros allegados, cuando dos personas deciden compartir sus vidas, cuando algún ser querido muere. Anualmente es casi imprescindible festejar la navidad y la semana santa para recordar el nacimiento y la muerte de Jesucristo.

Como complemento a los ritos establecidos por la iglesia o por el Estado, hoy en día encontramos empresas de negocios dedicadas a ofrecer eventos o espectáculos de consumo para las celebraciones familiares y sociales, especialmente, de la clase media. Vemos también revistas especializadas en orientar cómo organizar la fiesta para la boda o el bautizo. Nos imponen cómo debemos vestir, hasta el color de la reunión, qué regalar, cómo adornar los espacios, qué juegos realizar, en fin, nos invitan a comprar un sinnúmero de objetos, como signo de bonanza. Muchas de estas fiestas conjugan costumbres de las monarquías europeas y de las élites que las empresas las sugieren a modo de imitación, como sinónimo de prestigio. Otras reproducen carnavales locales para reforzar la identidad. Y ni qué decir de la propaganda en Navidad con la instigación constante a volvernos compulsivos en la compra de objetos para decirle a alguien que lo queremos y recordamos. Se han convertido en las fiestas de la competencia del

que más tiene qué mostrar. Y por supuesto el significado y el trasfondo han pasado a segundo plano.

En muchas ocasiones se convierten en ceremonias inconsistentes entre la palabra y la vida cotidiana. Por ejemplo, la pareja contrae matrimonio católico sin tener en cuenta los preceptos religiosos, han convivido antes libremente, se prometen amor eterno y al poco tiempo viene la separación. O en el registro civil se comprometen a respetarse bajo la concepción de los derechos humanos y posteriormente la violencia intrafamiliar no tarda en manifestarse.

En contraste con los rituales católicos y los modernos espectáculos de consumo, algunos ejemplos mostrarán prácticas reinventadas a las cuales he tenido la oportunidad de asistir por invitación de amigas o allegados y/o de organizar recientemente, en el seno de mi gran familia. También, he tenido la oportunidad de observarlos en mi experiencia como trabajadora social.

El nacimiento:

Hace unos cinco años me invitaron a la presentación de un bebé a los familiares y a los amigos más cercanos. Entre las palabras que escuché, el padre agradecía a la criatura el haber escogido ese hogar para empezar a habitar en este mundo. También agradecía a la madre el haberle obsequiado con tan tierna compañía y a su vez le reconocía el esfuerzo y la renuncia que había tenido que hacer durante el embarazo, el parto y la lactancia. Me sorprendió que desde el primer momento, los padres reconocían la autoría de su propia vida a ese nuevo ser y celebraban la llegada a su hogar. El niño era proclamado ante la sociedad sin ningún compromiso posterior relacionado a convicciones o creencias, se le dejaba en libertad para pensar, reflexionar y decidir a lo largo de su vida, cuando él lo considerara pertinente.

En el momento del registro civil se invocaron los derechos de la infancia, principalmente el derecho

a llevar un nombre para su identificación personal y el derecho a tener una nacionalidad, es decir, a tener un lugar de referencia donde ocurrió su nacimiento.

La reunión se realizaba en el jardín y las mesas adornadas con flores y mariposas, llenas de colorido, estaban dispuestas para poder transitar y sobre todo para conversar y compartir.

Lejos estaba la ceremonia de expulsar el pecado original del recién nacido, purificar su alma del demonio e inscribirlo para siempre en la gloria de dios. Recordemos que los bautizos cristianos pretenden la purificación y la eliminación de las impurezas procedentes del parto. Significan el paso de la naturaleza, que procede del útero de la madre a la cultura, es decir, a la inscripción en la sociedad cristiana.

La Navidad:

En mi familia acostumbramos a reunirnos todas las navidades. Generalmente, las mujeres convocamos para organizar la celebración y la juventud empieza a preguntar desde el mes de noviembre sobre la ocurrencia para el evento del año. En una reunión de preparación nos cuestionamos sobre la razón de la celebración navideña. La respuesta de cada una no se dejó esperar: nos gusta reunirnos porque tenemos gratos recuerdos de la infancia, los regalos que recibíamos eran fantásticos, los juegos que realizábamos nos llenaban de alegría y sobretodo porque todavía nos queremos y nos agrada expresar los afectos mutuos. Simplemente, no queremos perder el entusiasmo y el regocijo que nos suscitan los encuentros.

Cuando éramos pequeñas nos llevaban a la misa de gallo, allí se predicaba el nacimiento del niño dios y especialmente la concepción de la virgen María, sin pecado, gracias al espíritu santo. Y esta idea quedaba zumbando en nuestras mentes como el ideal de la maternidad. Esa asistencia a la iglesia, en hora buena, se ha ido perdiendo.

En algunas navidades no asistían algunos miembros de la familia, pues sufrían vetos, ya fuera porque se habían divorciado, por vivir en unión libre o por el nacimiento de un bebé fuera del matrimonio, o por cualquier otro motivo que transgrediera la tradición religiosa. Esa limitación también se ha ido desdibujando. Desde hace más de una década eliminamos las sanciones por las libres decisiones que cada quien toma acerca de su vida íntima, tranquilamente, hemos aprendido a compartir en la pluralidad y la diversidad de opciones vitales.

Con el transcurrir del tiempo algunas nos cuestionamos sobre el motivo recóndito de la reunión navideña y propusimos celebrar el nacimiento de la diosa. Pero la idea no prosperó porque casi nadie conocía esa historia y además levantaba sospecha ya que parecía de orientación radicalmente feminista. Entonces resolvimos organizar la Navidad como una fiesta a la VIDA, toda vez que, la teoría de la evolución sí era conocida por la mayoría y lograba consenso. Queriendo expresar nuestra palabra e impregnar de significado la reunión, concebimos y escribimos a diez manos una comedia titulada: “El principio del principio”.

Dedicamos varios días a confeccionar el vestuario para cada uno de los actores y actrices, escogidas entre los familiares sin distinción de edad o género. Los disfraces hacían relación a los diferentes elementos de la naturaleza y a las diferentes especies, incluyendo a la humana, que fueron surgiendo en el proceso evolutivo de la vida. Cada quien, con su vestimenta, desplegaba su habilidad histriónica para actuar al ritmo del guión. Es así como uno de los actores que representaba a un mamo terminó animando e invitando a todos a venerar a Pachamama y terminamos exclamando en coro: viva Pachamama, Pachamama. Así, en plena conmemoración del nacimiento del niño dios, invocamos al unísono a la madre tierra.

Como las celebraciones se mueven entre la tradición y el cambio, no falta la prima que reza la novena del

niño dios e insiste sobre el “benignísimo dios de infinita caridad”. Todos respetan y esperan el momento de los villancicos. Entonces viene la explosión del canto: Noche de Paz, Noche de Amor, en varios idiomas, porque han llegado familiares desde los lugares más recónditos del planeta.

En cuanto a los regalos inventamos algo diferente cada año, bajo el precepto de no acudir al comercio. Algunas de las ideas vienen de iniciativas de otras familias y las copiamos. Por ejemplo, proponemos que cada una de las personas seleccione un libro que le haya gustado y proponga regalárselo a otra porque quiere sugerirle su lectura. En el momento de la repartición cada una se para y expresa las razones de su escogencia tanto del libro como la de la persona. Y eso convierte la reunión en toda una expresión de calambures, donde predomina la algarabía y el buen humor. En otra ocasión propusimos escoger un objeto personal o casero que cada quien quisiera regalar, y, con todos los obsequios armamos una tienda de cachivaches, donde se podía ir a intercambiar y practicar el trueque. En esa ocasión jugamos a las negociaciones de recuerdos, desprendimientos, deseos y necesidades. La risa y la alegría predominan.

Ritual de unión de la pareja:

La ceremonia es precedida por María de la Luz Giraldo, Dharmamurti (nombre espiritual), antropóloga de formación e innovadora de ceremonias, quien goza de reconocimiento en el seno familiar por su dedicación a la búsqueda del crecimiento espiritual.

Los invitados se sientan alrededor de un círculo budista. El círculo es el símbolo de la rueda, el año, el sol, los planetas, la tierra y el universo. Es el espacio común de la unión de las auras de los enamorados. En los puntos cardinales se colocan símbolos referentes a los cuatro elementos vitales: el agua (una fuente), la tierra (una matera con flores y frutos), el fuego (una vela encendida) y el aire (capullos de

mariposas que saldrán a volar), práctica tomada de la cultura maya. A lo largo del rito se da la palabra a varios de los asistentes. Al fondo se escucha la Canción de la Alegría. Ella inicia diciendo:

“Abramos nuestras mentes y nuestros corazones, conectemos vitalmente con nuestro ser para poner todo nuestro entusiasmo y transmitirlo a la pareja y a sus familiares nuestro sentimiento de bienvenida y cariño. Vamos a invocar a cada elemento para que consagren su amor y su hogar y que todos nosotros podamos gozar de una vida sana, alegre, estable y llena de prosperidad.”

A continuación las madres de los novios les dan la bienvenida. La madre del novio escogió este poema:

Les Deseamos Tiempo

“Les deseamos tiempo. No les deseamos todos los dones, sólo les deseamos lo que la mayoría no tiene, les deseamos tiempo para alegrarse y para reír, y si lo usan podrán hacer algo de él.

Les deseamos tiempo para su hacer y su pensar, no sólo para ustedes mismos, para poder estar contentos. Deseamos que les sobre un poco, un tiempo para sorprenderse y para confiar, en vez de andar mirando el reloj.

Les deseamos tiempo para pescar estrellas, tiempo para crecer, es decir, para madurar. Les deseamos tiempo para nuevas esperanzas, para amar. Ese no es tiempo que tenga sentido desplazar.

Les deseamos tiempo para encontrarse a sí mismos, en cada día, en cada hora sentir felicidad. También les deseamos tiempo para perdonar la culpa.

Les deseamos tiempo para vivir.”

Mientras la madre de la novia, con una tea en la mano, leyó:

“Hija, he querido entregarte hoy esta llama porque es el símbolo del deseo, sin el cual no habrías existido aquí y ahora. Y así llegaste tú a este mundo, como el gran big-bang, como la gran explosión a irrumpir en nuestras vidas, en la de tu padre y en la mía. El rojo encendido significa la sangre, generadora de vida, capaz de darle continuidad al amor. Y yo estoy segura que

tú le darás la trascendencia con tus estilos de vida, tu manera de relacionarte, tu buen humor, tu ánimo por conocer y conquistar el mundo. Por tu forma de amar transformando el romanticismo, incluyendo el eros, la amistad, la solidaridad y la ternura. ¿Qué le puede decir una madre a una hija en este ágape? Que el amor es una opción de ser y estar con otro, teniendo muy presente el ser para sí.

Si meditamos frente a la llama encendida podemos apreciar un rojo intenso en el centro, luego fluye un arco iris y después se rodea de otro rojo protector. Simplemente, no puedes renunciar a ese centro, fluye y da calor y luz. El centro es tu propia esencia y el contorno contribuye a construir los proyectos de vida con otros, con quien has elegido y con los que si quieren, vendrán en camino. La llama también me ha dicho que la relación amorosa es una relación de poder, de poder entre dos, quienes realizan sus derechos de asociación y autorrealización. Que ambos pueden seguirle la pista a sus propios talentos, y eso es posible si nos proponemos hacerlo con la vida en pareja. El amor ante todo se siente, pero también se piensa, no es sólo enamoramiento, nos da la opción de construir y reinventar la convivencia, lograr la conjunción de valores e intereses.”

La ceremonia continuó con la presentación de los contrayentes, narrando cómo se conocieron y enamoraron. El novio dijo:

“Para mi mujer. Cuando te vi por primera vez, supe que eras una mujer especial.

Cuando nuestros caminos se cruzaron, empezó nuestra amistad especial.

Al casarnos dijimos que sí para construir un matrimonio especial.

Ayer, vi por primera vez a nuestro bebé en tu vientre, fue un momento especial.

Gracias por hacer de mí un ser humano especial. Te amo... especialmente.”

La novia expresó:

“Buscando poemas no encontraba las palabras justas, las que se ajustan, sino más bien las que se desajustan. Tal vez no soy tan romántica, entonces los poemas me parecían promesas exageradas y yo no quiero

prometerte nada que los otros prometan o cosas que no pueda cumplir, me parecían anhelos, encuentros y desencuentros, soledades de otros, pero no los míos. No soy tan dulce, entonces los poemas se me antojan empalagosos. No somos la pareja ideal, entonces los poemas me parecían desatinados. Entonces, amor mío, decidí escribirte lo mío, mi propio poema, que como no soy poetisa, emprendí la labor de redactar unas palabras y de contarle a nuestros seres queridos la aparatosa historia de nuestro amor.

Lo que es más digno de contar es que me gustó tu mirada transparente, tu sonrisa amable, tus brazos bien armados, tu camiseta apretada que mostraba todos los músculos de un atleta. También resulta digno contar que durante la noche nos sumergimos en el mar... ¿del amor? Y que fue allí, en una inmersión nocturna, en las aguas de Mediterráneo, este chico tan tímido, con la disculpa de ver un camarón me cogió de la mano, me la apretó y luego como hombre protector, en unas aguas peligrosas, me estrechó entre sus brazos.

Siempre estuve dudosa de que ese fuera el amor de mi vida, siempre dudé de que fuera real, hasta que el tiempo me lo fue demostrando; por eso no encontraba una poesía, que me hablara del amor paulatino, no del repentino. Del amor que se crea en la lealtad, de la compañía, de la amistad, y de la paciencia, no de la impaciencia, de la locura y de la soledad. Hoy, ante todos, sí que quiero decirte lo inmensamente feliz que me haces y la gratitud que tengo por tu paciencia y por haber perseverado en un amor que sí merecía la pena. Que lo estoy viviendo plenamente, y que yo, que parezco insaciable y difícil de llenar, no necesito nada más, y que cada día que estoy a tu lado me pica la cosquilla de la cursilería de decir que eres el hombre de mi vida. He aprendido muchas cosas de ti, y creo que eres grande, no sólo por tu equilibrio, tu nobleza, tu bondad, tu generosidad, tu inteligencia, tu masculinidad y tus muchas cualidades, y, entre otras cosas, que cuando te pregunto que cómo me soportas, dices que no es cosa de aguante, sino de placer, que disfrutas estando conmigo, aunque sea insoportable, tenga mal genio, me burle de todo o te despierte en la noche para que me hables porque me aburro. La cosa más importante que he aprendido de ti, es el amor desinteresado, ilimitado y abierto que yo, creía inexistente. Gracias porque me has enseñado que existe”.

El ritual culmina con la manta de la unión. La maestra de ceremonias cubre a los novios con la manta.

Con ello se quiere recordar la cultura muisca, en la que el novio dejaba una manta, en la puerta del bohío de su novia, la víspera por la noche para confirmar la decisión de casarse. Esta simboliza la unión, el compartir, el cobijarse, el delicioso arrunche en las madrugadas sabaneras, o en las noches invernales y friolentas.

Ceremonia del adiós:

En contadas ocasiones he compartido con amigas y familiares mayores la preparación de la ceremonia del adiós, cuando un diagnóstico médico dictamina una enfermedad terminal y se cuenta con tiempo prudente para ello. Es el momento del acompañamiento y de la elaboración del desapego, previo al deceso. Así, se puede acudir a las diversas versiones sobre el más allá, leer, soñar y meditar para prepararse a dar ese paso único, misterioso e inevitable que jamás humano alguno ha podido vencer. Es posible acompañar mientras se viva. Sin embargo, en el paso decisivo, la soledad prevalece, es un acto enteramente personal.

Una de mis mejores compañeras tuvo el privilegio de preparar su sepelio durante año y medio. Nos solicitó que escribiésemos sobre ella, las experiencias compartidas, los ideales alcanzados, las utopías. Su hermana recogió los recuerdos de arduas horas de trabajo. Durante un año pidió, imploró, urdió, exhortó, reclamó, protestó, reprochó, perdonó y nunca sabremos, si finalmente, la aceptó. Uno de sus deseos era que, en el funeral, se danzara, recitara, y se le diera una serenata. Los que nos quedamos, aquí en la tierra, por un rato más, tuvimos la oportunidad de elaborar el proceso de duelo.

Centrándonos en el ritual, este requiere de algunos preparativos y dedicación por parte de los que sienten la partida de un ser querido. Es preciso rescatar nuestros tiempos para pensar y expresar nuestra palabra. Se necesita conseguir fotos para visualizar a

la persona en las diferentes etapas de la vida, y si es posible armar su árbol genealógico; pensar en su legado y hallar el objeto que simboliza cada una de sus cualidades que se convertirán en herencias; solicitar a una amiga o amigo afín que escriba la semblanza; seleccionar la música apropiada, que contribuya a exaltar el ánimo.

Nuevamente se forma un círculo con los asistentes, en el centro se pueden instalar los retratos y los símbolos. Para uno de los casos, se escogieron las cualidades más reconocidas por los miembros de la familia cercana: una lupa y un libro para rescatar su curiosidad y sabiduría; una gualdrapa y un vaso con agua para destacar su sencillez y austeridad; un canasto con una vela en el centro rodeado de flores para representar su generosidad, jovialidad y hospitalidad. La maestra de ceremonia hizo la siguiente introducción:

“Nos hemos reunido porque deseamos hacer un homenaje a nuestro hermano, amigo, primo, tío y congregarnos en torno a su memoria. También, para solemnizar la despedida, manifestarle nuestro cariño y nuestra admiración. Esta ceremonia es, igualmente, para recordarlo entre todos y conscientemente, tomar de él lo que valoramos de su vida y de su forma de ser. Es, entonces, un momento especial, cargado de significado y cariño para todos nosotros.

Cuando alguien nos enseña de la manera en que él lo hizo le da a su existencia un carácter de eternidad, con su ejemplo generación tras generación, alguno de nosotros contará y asumirá ese legado. Cuenten conmigo para contarle a ésta familia que sigue creciendo sobre este maravilloso hombre. Para continuar recordándolo deseamos resaltar tres grandes y lindas características o virtudes humanas. Al invocarlas todos juntos, en grupo y solemnemente, esas energías comenzarán a concretarse y a manifestarse de manera más real en nuestras vidas, en la vida de todos los aquí presentes.

Si al morir una persona querida, pensamos en lo que nos ha quedado, el dolor no se convierte en dolor permanente, sino en una fuente de fortunas. Somos como semillas que al fallecer, germinamos en el corazón de los que quedan vivos, en las hijas y en los hijos de sus

hijas. Cuando morimos liberamos el potencial de la semilla. En el ser somos totales, somos corriente de consciencia conectada en el tiempo a la eternidad y en el espacio al infinito, somos Unidad”.

Ya para terminar quisiera contar lo que aprendí de una mujer, isleña de Providencia. Me hospedé en su cabaña nativa y al volver de dar la vuelta a la isla le comenté mi admiración por la belleza de cementerio que tenían, a mí me parecía un jardín. Y ella me respondió:

“Yo prefiero enterrar a los míos aquí detrás en el solar, así puedo conversar más fácil con ellos a través de la ventana cuando estoy cocinando el rondón.”

Por los rodeos expuestos y las experiencias narradas, creo que es preciso sospechar, repensar y proponer otros aires de rituales para poder expresar nuestros pensamientos y compartir nuestros sentimientos,

fruto de la introspección y del milagro de la imaginación.

La renovación de algunos rituales parte de cuestionar y criticar algo para proponer una forma diferente de pensar, significar, orientar y conmemorar. La reinención no necesariamente es un acto original, es un proceso de desarticular lo existente y retomar o fusionar prácticas de otras culturas, pasadas o presentes, para dar espacio, en el plano individual al desarrollo interior, y, en el ámbito social a la complejidad y la diversidad. ¿No será más conveniente pensar en las conductas y reelaborarlas para compartir nuestras tristezas y alegrías, para exponer y divulgar nuestro arte, para disfrutar otras estéticas y transmitir deleite en momentos cruciales de la vida?

Septiembre de 2012